

Editorial

La naturaleza de la disciplina del Trabajo Social es una difícil de precisar, no solo porque el Trabajo Social se informa por otras disciplinas sino también porque, como dice Nigel Parton (2000), es invariablemente visto como dependiente de otras disciplinas. El autor señala que sería nuestro compromiso con la práctica el que habría afectado (equivocadamente) nuestra solidez intelectual. Al respecto las respuestas desde el Trabajo Social, para dejar de ser una vieja profesión y una nueva disciplina a la vez, han derivado en un contínuum que va desde racionalizar el Trabajo Social y darle un marco científico sujeto a cálculo, hasta reconocer y valorar su incertidumbre y ambigüedad para teorizar sobre las complejidades contemporáneas de la práctica.

Estas preguntas y respuestas no están ajenas al debate que se produce en Chile sobre el conocimiento que funda el trabajo que hacemos. El profundo cuestionamiento que enfrentamos hoy en el país sobre el servicio entregado a los niños y niñas bajo cuidado estatal levanta, entre otras, preguntas sobre los niveles de especialización requeridos para abordar tan complejos problemas, y la fragilidad de los recursos profesionales que los trabajadores sociales llevan a los campos de intervención.

La formación de los trabajadores sociales no es puesta en cuestión solo en nuestro país. En el Reino Unido, por ejemplo, se lleva a cargo la Review of

Social Work Education solicitada por el gobierno, no solo por la alta demanda y escasez de profesionales, sino también porque se cuestiona si acaso la formación que las universidades entregan produce los trabajadores sociales de alta calidad que ese país necesita.

El Trabajo Social parece estar en revisión, lo cual asoma como una buena noticia en la medida en que conduzca a una formación profesional que innova a partir de los hallazgos y las reflexiones producidas en el seno de las escuelas de Trabajo Social y de los círculos profesionales. Por lo mismo, la invitación que este número de la Revista Trabajo Social hace es a mantener viva la relación entre la acción y la contemplación, de modo tal que la práctica informe la teoría del mismo modo que esta lo hace con la práctica, generando lo que se ha llamado el poder práctico de la teoría, donde la actividad intelectual no es otra cosa que un tipo de práctica que da voz a los espacios silenciados y excluidos.

En consecuencia, hemos querido revisar en este número la producción intelectual de instituciones de educación superior que forma a profesionales del Trabajo Social. La Revista muestra importantes ejemplos de un Trabajo Social que revisa su quehacer y abre nuevas vertientes de acción social. Aunque queda un trecho largo por andar, aparecen aquí senderos para explorar.

Carolina Muñoz Guzmán
EDITORA